

4

SEGUIR A JESUCRISTO QUE SE HIZO POBRE

14 *La conciencia de nuestra condición de criaturas, de nuestras limitaciones y de nuestra debilidad, nos hace humildes ante Dios. Sabiendo que nada podemos por nosotros mismos, ponemos en Él nuestra esperanza y nuestra seguridad (cf Mt 6, 32-33; 2Cor 1, 3-4).*

El mandamiento nuevo de Jesús (Jn 13, 34) nos lleva a solidarizarnos y a compartir nuestros bienes con los que sufren la miseria y la injusticia y a ayudarles a salir de ellas mediante la promoción humana.

El sentido evangélico de pobreza nos impulsa a trabajar (cf 1Cor 4, 12), a administrar nuestros bienes con diligencia a usarlos con criterios de sencillez y de servicio generoso a los hermanos (cf Hch 2, 344-45) y a la obra de la evangelización.

Proclamamos con acción de gracias la bondad de todo lo creado y el carácter relativo de los bienes terrenos ante lo absoluto de Dios y de su Reino (cf Mt 6, 33). Rechazamos toda forma de apego a las riquezas, de consumismo y de ostentación como reñidas con el amor a Dios y la prójimo. Esta actitud nos permite crecer en libertad interior y estar disponibles para el seguimiento de Jesús y el servicio a los hermanos (cf. Lc 12, 33-34)

Este número del Ideario trata dos temas que forman parte de la vivencia radical del evangelio: la conciencia de nuestra pequeñez que nos lleva a poner la confianza en Dios y la relación con los bienes materiales; una relación que ha estar regida por la exigencia evangélica del compartir y de la solidaridad.

Lo que enlaza a ambos temas y los ha unido en un mismo número del Ideario es que ambos son expresión de la primera de las bienaventuranzas, ¡bienaventurados los pobres” (Mt 5, 3; Lc 6,20), y el hecho de entender que un elemento importante de la pobreza evangélica es el desprendimiento de uno mismo y de los bienes materiales por la causa del Reino. Como música de fondo de este número están sonando palabras de Jesús como estas: “Si alguno quiere seguirme, que se niegue a si mismo” (Mc 8,34); “No podéis servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13); “Quien no renuncie a sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 33),

Vamos a comentar este número dividiéndolo en los cinco puntos siguientes:

1. Pobres ante Dios. La humildad de criaturas (14 a).

El primer párrafo del número 14 recoge el sentido más genuino de la bienaventuranza de la pobreza según la versión de Mateo. Ser “pobres en el espíritu”, sentirse pequeños y débiles ante Dios desde los más hondo del ser humano, que los judíos identificaban con el espíritu. Y, consiguientemente, poner en Dios toda nuestra confianza.

La conciencia gozosa de nuestra condición de criaturas, es la forma más radical de pobreza, y la más difícil, pues siempre nos asalta la tentación de ser como Dios, que el Génesis atribuye ya a los primeros seres humanos. La pobreza creatural consiste en reconocer que todo lo hemos recibido de Dios: el ser, la vida, las cualidades que tenemos, en una palabra, todo. Es más, no sólo lo hemos recibido, sino que lo estamos recibiendo permanentemente de Dios. Por la pobreza creatural el cristiano se siente pequeño, pobre, incapaz, siervo inútil, destierra de sí mismo toda pretensión de grandeza (Lc 17,10; Mt 20, 1-6) y, al mismo tiempo, se siente fuerte con la fuerza de Aquel que todo lo puede (Flp. 4,13) y en cuyas manos ha puesto su persona y su vida.

La conciencia de ser criaturas, juntamente con la experiencia de “nuestras limitaciones y de nuestra debilidad” (14 a) nos lleva a la pobreza-humildad, que es una actitud fundamental del “pobre de Yahvé, cuyo

prototipo es María que proclamó con gozo la bondad de Dios que “fijó los ojos en la pequeñez de su esclava” (Lc 1, 48).

La experiencia de nuestra debilidad y pequeñez hace surgir en nosotros uno de los sentimientos más característicos de los pobres de Yahvé: la confianza y la esperanza en Dios. Como dice el Ideario en este punto que estamos comentando, “sabiendo que nada podemos por nosotros mismos, ponemos en él nuestra esperanza y nuestra seguridad”.

2. Solidarios con los pobres y los marginados

El don y el mandamiento del amor nos lleva a hacer nuestros los sentimientos de Dios Padre y de Jesucristo para con los necesitados. De ese modo tratamos de vivir la bienaventuranza de la pobreza según la versión de Lucas. En efecto, Lucas nos descubre los sentimientos de Dios para con los pobres y su empeño por sacarlos de ese estado de postración que ofende a Dios, rey justo, que no puede tolerar semejantes desigualdades en su Reino.

Ante las situaciones de pobreza humillante, de injusticia, marginación y exclusión social, el amor al prójimo se expresa en forma de “solidaridad”. La solidaridad es mucho más que un sentimiento interior de compasión o una limosna; es ponerse al lado del otro, formar causa común con él, compartir su situación y su lucha para salir de ella; es correr su misma suerte. La solidaridad es parte esencial del seguimiento de Jesús, porque el seguimiento implica tener sus mismos sentimientos, y él fue un hombre solidario hasta el extremo. Toda su vida, toda su existencia, fue pro-existencia, es decir, un vivir enteramente para los demás; un permanente desvivirse por sus hermanos (cf Lc 4, 16-18; Mt 5, 2s; 11, 2s).

Este número del Ideario habla de dos modos de practicar la solidaridad:

- a) Compartiendo nuestros bienes con los que sufren la miseria y la injusticia y
- b) ayudándoles a salir de ellas mediante la promoción humana (14b)

No hemos de entender aquí la promoción en sentido paternalista, porque entonces deja de serlo, sino en sentido liberador. En este caso, los protagonistas del proceso de liberación son los pobres y las víctimas de la injusticia. Nosotros participamos solidariamente apoyando su caminar y su proceso de liberación.

3. Apertura de nuestros bienes a los hermanos y a la evangelización

El Ideario nos dice en este párrafo que estamos comentando que “el sentido evangélico de pobreza nos impulsa a trabajar, a administrar nuestros bienes con diligencia y a usarlos con criterios de sencillez y de servicio generoso a los hermanos y a la obra de la evangelización”.

El Ideario presenta en el texto que acabamos de citar una serie de indicaciones y de líneas de acción que han de guiar el comportamiento de los seculares claretianos con respecto a los bienes materiales. Son varios los puntos a resaltar:

- a) En primer lugar, hace una invitación a trabajar, pero no con el objetivo de enriquecerse y acumular, tan característico de los ricos, sino con la intención de sostenerse y de ayudar a los demás. La nota al pie de página remite a un texto de Hch 20 en el que Pablo exhorta a los representantes de la comunidad de Éfeso a trabajar para no ser carga para los demás y, sobre todo, para poder compartir con los necesitados: “ustedes saben que trabajé con mis propias manos para conseguir lo necesario para mí y para mis compañeros. En todo les he enseñado que así es como se debe trabajar a fin de tener también para ayudar a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús que dijo: hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hch 20, 34-35).
- b) En segundo lugar, nos invita a “administrar nuestros bienes con diligencia”. Precisamente porque son bienes que pertenecen también a los pobres, hay que usarlos con discernimiento evangélico, sin malgastarlos alegremente a impulsos de la sociedad de consumo en que vivimos. Hay que hacerlos producir para bien de todos, especialmente de los pobres.

- c) Recomienda, en tercer lugar, la sencillez y la austeridad de vida. Muchos en los países ricos y algunos en los países pobres viven inmersos en la sociedad de consumo. Su afán de ganar, acumular y consumir no tiene límites. ¡Qué extraña debe sonarles, si es que alguna vez la oyen, la sentencia de Jesús: “no andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber o qué vestido os vais a poner” (Mt 6, 25-26). La sencillez y la austeridad de vida es un elemento esencial del seguimiento de Jesús y una exigencia de justicia y de amor a los demás. No cabe duda, mientras unos nadan en la abundancia otros se ahogan en la miseria; mientras unos viven rodeados de cosas superfluas, otros carecen de la indispensable. Para el seguidor de Jesús la sencillez y la austeridad deben ser un estilo de vida, una alternativa evangélica al estilo de vida consumista.
- d) Finalmente, habla de poner nuestros bienes al servicio de la evangelización; sugerencia que está muy en sintonía con nuestro carisma. Si somos misioneros, no sólo nuestra persona, todos nuestros bienes tienen que estar abiertos a las exigencias de la misión.

4. No dejarnos poseer por los bienes que poseemos

La opción por Cristo y por el Reino, valores absolutos a cuyo servicio debemos estar nosotros con todo lo que somos y tenemos, nos lleva a no permitir que las riquezas, sean muchas o pocas, se adueñen de nosotros y se conviertan en el valor supremo que oriente nuestra vida y que centralice nuestros esfuerzos y preocupaciones. Sólo así estaremos libres para seguir a Jesús y para continuar hoy su misión en el mundo. Sólo cuando las riquezas no sean el ídolo y el móvil principal de nuestra vida, estaremos disponibles para el servicio a los hermanos, no sólo con nuestros bienes, sino con nuestro tiempo y con nuestra persona.

El desapego de las riquezas nos permite gozar de una gran libertad interior y estar siempre disponibles para el servicio del Reino de Dios (cf AA, 4e). Por eso el Ideario declara con solemnidad que “rechazamos toda forma de apego a las riquezas, de consumismo y de ostentación como reñidas con el amor a Dios y al prójimo. Esta actitud nos permite crecer en libertad interior y estar más disponibles para el seguimiento de Jesús y el servicio a los hermanos (14d).

La expresión “rechazamos toda forma de apego” es bien radical. No admite componendas espiritualistas, no se refiere a un desprendimiento espiritual, sino real y efectivo. Se refiere a compartir, a no acumular, porque es difícil poseer sin ser poseídos por los bienes que retenemos. El anhelo de poseer se apodera de nuestra mente y nos tiene permanentemente esclavizados.

“Todo, cuando el hombre se hace posesivo, se reduce a objeto de posesión: dinero, bienes de consumo, pero también ocio, cultura, amor y hasta la religión y la fe, y se degrada a cosa ordenada a satisfacer las necesidades del hombre que se constituye en centro vacío, literalmente dependiente de los objetos a través del deseo de obtenerlos, la preocupación por conservarlos, el cuidado por mantenerlos y la necesidad de hacer ostentación de ellos como signo de su valor y apoyo en el que hacer descansar su personal inconsistencia. Así, las cosas que comienzan a ser poseídas, absorben a aquel que creía disponer de ellas y lo convierten en su esclavo; “nuestras posesiones nos devoran”, dirá G. Marcel⁸.

En este aspecto de la pobreza evangélica San Antonio María Claret nos dejó un testimonio excepcional: “Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba. Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. Con un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más” (Aut 359).

5. Testigos de la primacía de Dios y de los bienes absolutos.

⁸ J. Martín Velasco, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, Madrid 1997, p.48

El último párrafo de este número 14 dice que “proclamamos con acción de gracias la bondad de todo lo creado y el carácter relativo de los bienes terrenos ante lo absoluto de Dios y de su Reino” (14d). Damos gracias a Dios por los bienes de la tierra porque son don de su amor y signo de que nos tiene preparados dones muy superiores. Dios mismo es nuestro supremo bien. Por eso, mientras afirmamos, desarrollamos y defendemos los bienes temporales, proclamamos su carácter relativo y pasajero, para poner el corazón en los bienes definitivos.

Somos conscientes de que estamos de paso y no ponemos el corazón en las riquezas, sino en Dios y en los bienes del Reino. Y, como dice el Vaticano II, esto “en nada disminuye, antes, por el contrario, aumenta la importancia de la misión que les incumbe (a los seculares) de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano” (GS 57 a). De este modo los seculares hacen crecer los bienes definitivos del Reino, presentes ya en la historia(GS 37 d)

Para dialogar

- a) *¿Qué exigencias comporta para nosotros el hecho de seguir a Jesús que optó por los pobres y se hizo pobre?*
- b) *¿Cuántas cosas innecesarias tengo? ¿Estoy dispuesto a compartirlas?*
- c) *Cuando digo que me privo de algo para ayudar a los pobres, ¿qué es ese “algo”?*